

Para un tiempo cualquiera pretende potenciar la sensación presente, en muchos, no en todos, de que el verso es una lectura de un momento. Puede salvarte o destruirte, también puede hacer las dos cosas, no de manera simultánea, aunque su comienzo sí lo sea. Contrariamente a lo que se piensa; un verso no es un acierto seguro. Y si falla, la eternidad de las palabras escritas constituirá una prueba irrefutable del error.

Así que a riesgo de poder ser destruido, las composiciones que aquí se encuentran señalan anécdotas y momentos que nadie está exento de experimentar. En algún momento de la vida hemos visto a una persona tras un libro y hemos pensado que nosotros podemos hacer esas historias realidad, sin estar seguro de que la lectura no sea una lucha de vampiros contra hombres lobo o loco. Cada segundo de la existencia es algo que permanece en nosotros, invariable y que repercutirá hasta el día de cerrar los ojos y dejar de ser. Cuando ese día llegue, para todos, poco importará las colecciones de arte y los palacetes en Turquía. Todo se queda ahí, superándonos y dando una lección de humildad para que no usemos palabras peligrosas, esas palabras como siempre y nunca que tanto le gusta usar a algunas personas sin ser consciente de que si el tiempo es finito y además, tan variable, dejan de tener sentido.

Las composiciones nos abren caminos para intentar impresionar a una persona de la que creemos

habernos enamorado. Y entre los recursos tenemos el acróstico, la posibilidad de escribir el nombre de la persona dentro de la composición. Un momento de enamorado del que dudo que alguien pueda librarse. El recurso, en todo caso es tan bonito y complicado como inútil.

Internet ha abierto el mundo y ha acercado a las personas. Hoy en día podemos estar comunicados con gente por la que sentimos un cariño y un aprecio tan sincero como inexplicable. Están ahí, al otro lado del correo, al otro lado de una respuesta de un mensaje en un tiempo que hace veinte años era ciencia ficción, cuando íbamos al estanco a por los sellos de correos que llevaría una carta escrita a aquella persona tan maravillosa que conocimos una tarde de verano cualquiera. Un momento cualquiera es bueno para acordarse de estas personas que considero amigas.

No creo errar si afirmo que en algún momento de nuestra existencia, hemos pensado o deseado que exista un destino y que éste sea consecuente con nuestros deseos. Un día llega alguien especial al entorno. Primera casualidad. El viernes cinco de marzo a las siete y seis minutos de la tarde, se entra en la misma panadería. Pides la vez y ella te contesta. Y algo se enciende dentro. Si el futuro otorga contactos nuevos, quizá vaya a más. Si es un encuentro fortuito, pensamos que qué bonito hubiera sido conocer a esa persona mejor. En un momento cualquiera te apuntas a un

taller o a alguna clase particular, o en vez de ir al instituto de arriba, vas al de abajo porque no hay plazas y encuentras a un profesor que cambia tu percepción y te hace mejorar mediante el esfuerzo y la dedicación. Por no hablar de las personas que puedes conocer ahí, en esos talleres. Cada una tiene su momento cualquiera que te enseña y enriquece tu experiencia. Pintan, escriben, muestran fotografías de los amaneceres más bellos que existen. Una fortuna haberme cruzado con ellos y seguir en el sendero.

Una relación se rompe o se inicia un momento cualquiera y un motivo cualquiera. Aquí hay algunos ejemplos de esos momentos, indistintamente de que sean alegres y tristes. Cometemos el error de querer eternizar las cosas cuando el siguiente segundo de nuestra existencia puede ser el último para nosotros y el primero para otro acontecimiento. Encuentras y te relacionas con personas que te hacen sentir y esa sensación luego varía hasta convertirse en otra cosa diferente; encuentras personas que te admiran por una cualidad cualquiera y poco tiempo después rechazan esa cualidad y dejas de interesar. Puedes incluso ser tan estúpido de considerarte dueño de alguien e incluso tener miedo de perder a ese alguien, como si ese miedo pudiera ayudarte a conservar el momento. Simpleza o comodidad, considero que las relaciones empiezan un momento cualquiera y terminan un momento cualquiera, independientemente del sendero que se haya

recorrido para desembocar en un resultado, por supuesto, también cualquiera. Y si la relación es sólida, será el cerrar de los ojos la que acabe con ella. Demasiado triste, estoy de acuerdo.

Es por eso que me ciño al presente. Las cosas que se pueden palpar suceden ahora y si para morir es necesario estar vivo, para que algo acabe sólo precisa haber comenzado. Cuando algo se acaba, otro algo comienza y sólo el que acepta que el camino es también dolor, está preparado para seguir creciendo en el tiempo que se suele llamar vida donde te enamoras y te desenamoras en concordancia de las personas que aparecen en tu camino. Puede ser tu vecina, puede ser una persona que deja un comentario en un blog o puede ser una amiga de un primo de tu primo segundo que ves una vez cada diez años.

Las cosas ocurren en un momento cualquiera y cada cosa que ocurre, lleva un verso y una persona en su esencia.

Lo que nos llevamos y vivimos

Nieves Mata Chlih

Quando abres tu mirada, la luz del sol penetra
en la habitación lúgubre que hemos compartido,
que hemos dejado atrás sin habérselo creído,
sin saber si podremos volver a repetirlo;
hacer de un cuchitril sucio un palacio.

Llenamos la maleta de respiración fuerte,
de sonidos de muelles desgastados
por historias de amor que hoy se han roto...
o quizá no.

Miras alrededor sin darte cuenta
que te has puesto las medias al revés.
No te cansas de mirar este desastre
como yo no me canso de mirarte
como se mira al sol tras la noche de tormenta
resultando más bello.

La puerta se resiste
a cerrar un capítulo tan breve,
sus goznes de chirridos oxidados
protestan al empuje de clausura.